

El mundo del violín

Por Stephane Grappelly

La tradición del jazz no coloca al violín en primer plano. Si en otros tiempos hubo algunos violinistas en Nueva Orleans, Armand Picou, Johnny Wiggs, se debía a que eran los únicos capaces de leer música y descifrar para sus compañeros la partitura de alguna melodía de moda que pudiera solicitar el público. La gran masa de artistas tocaba instrumentos de viento o de ritmo. Era normal pues que las grandes figuras del violín no figurasen en las filas de las orquestas importantes. Las posibilidades no eran muchas para quienes hubieran podido destacar del reducido círculo de artistas del arco. De esta manera la vocación jazzística que se experimenta cuando se es joven inclina a los principiantes hacia la trompeta, el saxo alto, el saxo tenor, instrumentos con los que se expresan sus músicos preferidos. El triunfo del piano, ausente al principio en las orquestas callejeras, se explica por el hecho de que proporcionaba alimento armónico a la orquesta, y se impuso forzado por los acontecimientos.

En lo que a mí concierne, no aprendí a tocar el violín con el propósito de crear jazz con él, ya que solamente me interesé por esta música después de haber aprendido a entonar melodías con mi instrumento. Acababa yo de cumplir mis veinte años en una época en la que era muy difícil poder escuchar música de jazz, una época en la que esta música todavía no suscitaba en Europa el deseo de hacer con ella una carrera. Solamente los que ya eran músicos completos podían sentirse atraídos por el jazz. Además, prefería escuchar a mis compañeros pianistas que a los que como yo tocaban el violín, porque considero al piano superior a los demás instrumentos. De todas formas, en el orden puramente melódico, el violín también tiene algo que decir en el jazz.

Uno de los primeros que lograron encontrar un camino interesante en el jazz para el violín, fué Joe Venuti. Hace tiempo le escuché en sus discos con los Chicagoans. Se entregaba a lo que actualmente se ha dado en llamar género «novelty». Su música recordaba el acompañamiento sonoro del cine mudo, pero era un buen técnico con sólidos estudios y poseía sonoridad de concertista. Sin embargo, de todos los violinistas, el mayor vir-

tuoso fué sin lugar a dudas Michel Warlop, que obtuvo en París el primer premio de excelencia del Conservatorio, la más alta distinción para un músico. Warlop, solista de los conciertos «Pasdeloup», tenía la gloria y la fortuna en la mano, pero dejó la música clásica por el jazz, hacia el que le arrastraba una verdadera locura. Curioso y dramático destino de un hombre que musicalmente sólo pecó por exceso de amor y pasión por el arte que había adoptado.

En todos los discos que grabé con el Quinteto del Hot Club de Francia utilicé el violín que me había regalado el propio Warlop, del que nunca me he separado y con el que sigo tocando actualmente.

Durante los años 30 hicieron su aparición en la escena del jazz estadounidense dos artistas de color: Eddie South y Stuff Smith. En 1937 tuve el

placer de tocar al lado del primero y, exactamente veinte años más tarde, en 1957, con el segundo. Eddie South no dominaba el instrumento con la perfección de un Warlop, pero sus cualidades eran numerosas: poseía una sonoridad muy clara —la mejor sonoridad de jazz junto a la de Venuti—, un maravilloso sentido de la exposición y un gran refinamiento melódico. Stuff Smith me parece el más poderoso de todos, el más arrebatado y el que sabe exteriorizar el swing de manera inigualable. Es de trato amable, sensible y desinteresado. En realidad, podríamos decir que sólo toca por placer.

Existen además en América otros violinistas a los que se tiene en gran estima: Darnell Howard, Edgard Sampson, Ray Perry, Ginger Smok, el joven «westcoaster» Paul Nero y los noveles Dick Wetmore, Harry Lookofsky y Sam Kaplan. No estoy en situación de opinar sobre ellos ya que pocos son los que he tenido ocasión de escuchar. Respecto a los del resto de Europa, no conozco muy bien el estimable talento de Claude Laurence, y poco puedo decir de la música precisa,



Stephane Grappelly

Foto: J. C. Bernath